LA CORONA DE DATURAS

Amelia Vértiz

LA CORONA DE DATURAS

Amelia Vértiz

cuadernos de la Orquesta 8

La corona de daturas de Amelia Vértiz
Octavo título de la colección *Cuadernos de la Orquesta*

Coordinador de la colección: Eduardo Vázquez Martín
Diseño: Natalia Rojas Nieto

Primera Edición, 1988

Apartado Postal 20-699
Delegación Álvaro Obregon
01000 México, D.F.
Impreso y hecho en México
ISBN 968-29-1229-6

El Dios es día y noche buena consejera, invierno y verano, guerra y paz, saciedad y hambre, cambia de forma a forma como el Fuego que, al mezclarse con los aromas, del deleite de cada aroma recibe un nuevo nombre.

Heráclito

—yo en un camino, niño, masticando
una raíz de caña de azúcar
—arrastrado hombre en un camino sangriento
con una cuerda en torno al cuello
—de pie en medio de un circo luminoso,
y con mi frente negra ceñida por una corona
de daturas

Aimé Césaire

La sal en las raíces de la palmera,
el grano de arena en las valvas de la ostra,
son los caminos que escogen las imágenes para encarnar en apariciones
que tienen el peso y la consistencia de lo real.

Quiero iluminar lo oculto:
los cirros, sus batallas contra las espadas de sombra,
la polilla, sus ramificaciones en la madera que parece intacta,
el cuarzo, su transparencia bajo un manto de caolín.

Quiero aferrarme a esta palabra como a mi única certeza,
dejar danzar a la verdad al filo de las sílabas volubles.

Pienso en el agua inmensa,
en el silencio de los puertos olvidados por las rutas de los vapores costeros,
en el rumor que atraviesa los sueños
y es una sed apremiante, reacia a lo que intenta contenerla.

Admiro el agua inmensa, el vuelo de las aves, su reflejo,
la línea continua que un ave deja al pasar sobre el mar,
esa línea sostenida, inquebrantable,
firme como una quilla que hiende el magnífico cristal, en una herida centelleante,
la algarabía del agua dispersa sobre las piedras,
la tersura de las piedras,
las lajas pulidas por las vetas marítimas,
la resonancia del mar en la noche:
luces que dinamitan la oscuridad, cintas despedazadas en un estallido atronador,
ese estallido inquietando el reposo de los habitantes de los puertos,
ese estruendo lejano convertido en imágenes dentro de su sueño.

Pienso en el momento en que estruendo e imágenes se conciertan
y me sorprende que hayan salido del agua, del rumor del agua,

lo mismo que la forma de los barcos surge de la exigencia de las marejadas
y en la forma de las velas se consuma el esfuerzo de las corrientes de aire.

Me admira el momento en que el viento se convierte en vela, en que el mar se
convierte en barco,
como si una inconcebible perfección se hiciera presente en estas cosas,
y entonces me pregunto cuál es la armonía que duerme bajo todo aparente
desorden,
porque me resisto a negar la utilidad de los barcos y las velas,
me resisto a negar la belleza que encarna en los cuerpos que me rodean.

Oigo el viento entre las hojas,
su silbido en los intersticios de las peñas,
veo la arena en el aire, la manera en que se arremolina contra las paredes de las
grandes rocas,
en que azota los arbustos raquíticos de las playas, desecados por el calor y la sal,
La manera en que los cubre hasta la mitad del tallo y luego los descubre hasta la
raíz,
en un juego que imita la insistencia marina.

Envidio la ligereza de la arena que vuela en cada racha;
por eso me complace observar la forma en que las gaviotas planean sobre su
propia sombra,
las parvadas cuando levantan una hojarasca que es una afrenta a la
inmovilidad de la tierra,
la silueta de los pelícanos sobre los sábalos,
el reflejo aguamarino en las piedras de la rompiente.

El agua me envuelve en una inquietud de navegaciones sin número,
una agitación de buques cabeceando como potros,
de hilos metálicos que se deslizan entre los dedos, más escurridizos que un pez.
Me sumerge en el recuerdo de todo lo que se desborda y vuelve a su misma

esencia, sin haberse perdido:
veo todo lo que desciende hasta la tierra donde la muerte acecha
y la fuerza asombrosa con que la hierba es elevada por la marea del verano.

Veo los campos húmedos que crucé alguna vez
su amplitud, su libertad que asaltan las bardas de este hospital y son
el aguamar contra los diques.

¿Puede llegar la locura a ser un bien apetecible,
un mar negro donde alguna vez se reflejan los astros en repentinas
iluminaciones?

¡Ah, lo que brilla un segundo en el agua que se agita:
las formas perdidas en la confusión que la corriente arrastra!

El misterio de lo que se dispersa para formar luego figuras extañamente
simétricas:

el sacudimiento flamígero de las arecas,
las palmas tensas como cuerdas de arco,
el turbión abanderando los pinos de la costa,
la red del mar arrojada una y otra vez sobre la escollera,
las flores blancas deshechas contra las peñas como entre arbustos que
inunda la tormenta,
los pétalos en los charcos de la orilla.

¡Y la espuma en los belfos de los potros que relinchan al toparse con un muro
rocoso,
sus cascos apenas visibles en un cabrilleo de ola encrespada,
la moneda del sudor en los lomos tersos!

—Pero también la marea alta deja los cadáveres coronados de sargazos

ahí donde los cangrejos y los moscos se enredan en minúsculas cacerías,
mientras el agua fresca ondula sin conocer esa relegada podredumbre—

Si he de entender una perfección así
que la negrura entre entonces en mis versos y los desgozne
para que después, durante las tardes embebidas de lluvia,
en las terrazas bañadas por la hiedra
me sea posible escuchar otra cosa además del aletazo de un ave marina
algunas leguas tierra adentro,
cuando un pequeño barco navegue golpeándome las paredes del cráneo.

Miro la arena hollada por las cabalgaduras,
la enorme extensión del mar que apenas se conoce, el que se disipa en
imágenes cuando llega a la orilla de un pensamiento,
los dibujos en la arena: los helechos, las pieles de víbora, los círculos del ágata.

Celebro al mirar todo esto el surgimiento de los puertos imaginarios,
los nubarrones enfrentados igual que buques de calados diferentes,
las escaramuzas de los ejércitos celestes,
lo que se mira desde el puente de mando de los deseos menos sensatos:
el vuelo de la garza que va a asfixiarse en una mancha de petróleo,
los caballeros que sucumben con tal de no deponer sus estandartes bordados,
los muelles podridos como los árboles de la selva.

Canto las empresas inútiles, el sol a plomo que es su insistencia sobre la voluntad,
el fulgor de las armaduras y la pátina en la carne tumefacta,
los pies descalzos de los que atravesaron así reinos enteros,
las causas perdidas,
cada empeño cuyo anuncio haya sido pregonado en las plazas provocando el
escándalo
o cuchicheado en los pasadizos donde los ojos de las ratas parpadearon
como las centellas del lodo;

cada empeño riesgoso, y por eso frágil, y bello por eso:
las caravanas de expedicionarios, su tenacidad que desbarrancó las piedras,
el guiño azul de las cuentas de vidrio,
el oro y la plata en el ánimo de los conquistadores como el temblor de
las hojas de los álamos.

Y canto también la línea de sal en la carena del barco desfondado,
los remaches enrojecidos por la herrumbre: la sangre seca de tantas batallas
náuticas,
el derribo de cielorrasos que el agua esparce,
la oscuridad que se agolpa bajo las sábanas claras.

Escucho lo que me dice el mar con su boca epiléptica
en sueños donde los espíritus giran más veloces que la seda de los husos,
lo que afirma esa voz llena de espuma
mientras inunda los huesos de los enfermos dormidos en los pabellones,
para luego abandonarlos a su suerte de guijarros desordenados tras el paso de la
ola.

Frente al agua que guarda la almendra de la tormenta
mi piel, mis nervios tensos soportan la embestida de la brisa,
son los velámenes que aletean como las gaviotas sobre sus huellas en la arena.

Los tristes farallones donde la espuma se encostra
son una línea delgada como una espiga para quien sabe flotar atento
a la alternancia de las capas de la atmósfera,
al impulso de las corrientes del océano enorme.

Las olas son el vértigo de una pesadilla sin fondo, un salto mortal en
cada reflejo, un coletazo de cauda de plata,
el encandilamiento de lo que ondula en ellas, diáfano pero incorpóreo,
hermoso pero inasible.

Los puertos vislumbrados en una calma celeste, las torres más altas que
nidos de cigüeñas me arrojan al abismo sobre el que toda navegación se tiende,
a la complicidad del viento y a su vuelo de embarcaciones sobre los escollos.

Monto en el corcel de la sinrazón,
evado a los ángeles con pezuñas,
me adentro en un océano donde lo cerca es lo lejos,
miro lo que aparece para volverse polvo bajo el apremio de las herraduras;
me aparto de la calma acogedora de las bahías,
dejo que el mar me lleve a cualquier parte, sin resistirme al reflujo
que me separa de las playas,
sin contener esta diáspora de navíos disparados por un potente arco
y navego arriesgándome a que mi voluntad muera como las hojas desprendidas
de la ramas.

¡Por las alas que rozan los diques cuando la marea se levanta!

¡Por la dentellada marina contra los límites de toda certeza terrena!

Sí, por el espejo delgado como la hoja de un cuchillo donde descansan el cielo y
sus luces,

¡que este impulso me lleve a las playas más altas,
ahí donde los muelles son un incendio a la orilla del agua!

En cada ola se oye un derrumbe de árboles que arden,
el chisporroteo de un pastizal donde las llamas corren con la celeridad de la
espuma.

Todo es mar, porque mi pensamiento es una embarcación que el polo magnético
imanta
y su límite una orla blanca desvanecida en la costa.

Todo es agua, siluetas brotando del sedimento del tiempo y la proximidad
de un silencio que puede apagar mi voz como una llama en el vacío.

Tu fuerza arrastra los empeños y las derrotas,
me hiere con el filo de su reflujo eterno;
oscurece las dársenas con su tenacidad que se vuelve limo,
las invade con las convulsiones de un cuerpo en la bartolina,
con el consuelo del sueño cuando humedece las últimas palabras dichas sobre las
sábanas:
es el agua que horada y rompe las piedras, las hace rodar como cabezas
cercenadas, arranca de cuajo lo arbustos
y se desploma luego con un desbarajuste de tablones y cuadernas,
nave enorme encallada bajo el peso insostenible del sol.

Quiero conocer la euforia del polen en el aire,
del vendaval que trae la distancia consigo
y al hinchar las velas las colma con todos los palmares, los médanos,
los litorales calcáreos que recorrió invisible;
conocer la alegría de la brisa que trae el aroma de los abrojos calcinados,
el humo picante de las ramas renegridas
como el arroyo el valioso polvo de las minas.

Hazme encontrar el descanso, la libertad de la forma, la danza pura,
seguir a la flor de pasto en su vuelo inaudito,
por una vez desprenderme de todo lo que creo mío
con el dulce equilibrio de los mástiles que la corriente desordena.

Déjame salir a la claridad junto con las ramas del durazno florecido en la noche;
ver en los flancos de los potros torpes la sangre tenue del día que se abre
y escuchar cuando pasen las primeras aves de la mañana un aviso de tambores
sobre la hierba.

¡Dame los versos que acuñas en un segundo para dar un indicio de tu poder inmenso,
una marca de tu fuerza sobre mi alma sujeta a la tierra por un delgado hilo,
palma en el huracán que estrella los maderos de las barcas contra los tejados arenosos!

En el cenit las cosas y sus sombras se empalman,
los cuerpos no tienen edad cuando franquean la puerta de marfil bajo la
que se cuelan las olas;
como el titubeo de Venus, en el maderamen está el pulso de los amantes,
y también el miedo a que mi conciencia se parta igual que un junco en el lago.

Tu lumbre se abre paso en mi memoria,
es una explosión de espuma en los farallones.

En este momento una singladura se cumple,
la gota cae de la hoja con su pequeña arboleda invertida,
el horizonte es una cuerda a punto de romperse
y lo es también la línea de mi voz, adelgazada por la fuerza de lo que en mí se calla.

Hay un instante en el que todo es uno y lo mismo,
un rumor de otros puertos la bajamar,
cuando la plétora que se retira de la costa toma un tono milagroso de otro tiempo
y las bandadas vuelven a levantarse, como entonces, agitando el aire claro.
Oigo el salmo marino que es el canto perfecto de estas latitudes,
veo una batalla de bronce y estuco en los extremos de los cabos calizos.

A la sombra de mis banderas blancas acepto este dogma sangriento:
la arena en las playas se humedece, los dientes en el infierno crujen
y mi sed, que quise calmar con agua salobre, retorna con el golpe del mar.

Reconozco ese esplendor sobre las aguas

y admito el cansancio de saber que no hay nada que pueda oponérsele,
veo la derrota del guerrero,
la espada mellada en el espejo sin forma,
el alivio de los yelmo abandonados entre las peñas.

Desde ahora amo los riscos contra los que esta quilla habrá de desgarrarse,
sus aristas de basalto bajo los vaivenes de las aves migratorias,
su brillo helado frente al mar.
Escucho el desplome del oleaje mientras adivino la levedad de mi cuerpo
libre del peso de la conciencia,
el vuelo de mis brazos tronchados por el rayo.

Oigo un estruendo de mástiles cayendo entre jirones de nubes
y más que el dolor de lo que muere me invade la dicha de lo que cambia de forma:
el placer de las constelaciones cuando tocan tierra,
el océano, la altivez absorta en su propio movimiento,
la aquiescencia de la vida que vacila semejante a la llama de los cirios en la ráfaga.

Todavía con el peso de la noche en los párpados
me detengo entre el humo que se enreda a la manera de los zarcillos de los viñedos.
Soy un mascarón de proa ceñido al gran buque del día, avanzo sobre sueños de plomo
y regreso de aquel lugar jamás cruzado durante la vigilia
trayendo algunas imágenes que permanecen lo que una pluma en la palma de la mano.

Cuando mi lenguaje es anuencia
la vastedad toma mi voz para decirse
una sombra despliega sus alas en el momento de la enunciación
convocada por las lámparas de la fe y la voluntad.
Entonces lo que miro
se torna inevitable y cíclico como la estación de lluvias,

tiene el olor metálico de la sangre y el cieno,
la certeza y el misterio de una raíz que brota de los posos de la noche.

En el desierto que figura el mar,
en los celajes inmóviles del mármol,
en la concavidad de mis párpados
un soplo ha impreso las resoluciones de la forma y su esencia inmutable.

Canto el agradecimiento de una tierra rociada por el hisopo de las lluvias
tempranas,
en esta mañana armoniosa como el sonido de un arpa
y me maravillo de la danza de las apariencias,
por la que la luna, que cruzó ya la noche,
hunde sus velas al amanecer
en la sangre de la aurora triunfante.

Me asombro de tu crueldad mirando las ciudades que incendiaste para iluminar
la niebla
y atestiguo la inconcebible fuerza de esa lumbre
que agita los corazones y los hace parecer liebres enjauladas frente a
la infinitud de los llanos.

Despierto y en un gesto insensato trato de asir la minuciosa vastedad:

hablo de la grandeza del rebalaje marino y su peldaños, por donde bajan los
ángeles,
nombro las legiones que dejan atrás los puertos entre el corcoveo del viento,
el laberinto de los caracoles y su sonido eterno.

Miro estas marcas en la arena sin saber si dan cuenta del impulso del que brotaron,
escucho unas palabras: oro recién robado sonando en la penumbra.

El barco que entra en la rada busca la dulzura del agua de las marismas,
el reposo de la arena del fondeadero.

Digo la buenaventura de la ramas volcadas a un firmamento hondo como un
abismo,
imagino las lluvias que azotan los cafetales,
la vida en los campos de algodón,
la bendición solar, su beatitud, su calma iluminante,
el calor sobre las palmas: una cauda de polillas,
el rocío esparcido sobre el pasto: los restos de un galope de vidrio,
los reinos de la esperanza, los cañaverales al límite de las salinas,
la epifanía de lo verde y lo dorado,
el movimiento en la hierba, la danza de las hojas en la brisa,
las arboledas lustrosas que se ven en los adoquines de un parque cuando ya no
llueve,
el aguacero de gaviotas entre mástiles,
el horizonte marino, su placidez dispersa en tibias ensenadas.

Miro lo que brilla en el mar que la tormenta abandona:
todo lo que sale del agua y se vuelve espuma, toda la espuma que al disolverse
se hunde más lenta que un reguero de sal,
el descanso que sigue al destrozo del tifón en la velas,
el estanque en el que empiezan a aparecer los gorriones como en un cielo al alba,
un estero inmóvil, una paz de alas de palomas que se aquietan en los tejados;
la calma de los puertos, las fachadas con su línea negra que dibujó el ciclón,
los cristales rotos y los pabellones del hospital invadidos de salumbre,
los lechos revueltos donde los cuerpos dejaron su huella,
el sosiego,
los travesaños de los puentes arrebatados por la crecida,
las hojas amarillas, rasgadas al pie de las higueras,
las hojas verdes todavía goteando.

CREA
CONSEJO NACIONAL DE RECURSOS
PARA LA ATENCION DE LA JUVENTUD

Director General
José Ramón Martel López
Subdirector General de Promoción
Franco Fabri
Director de Fomento Cultural y Recreativo
Jorge Luis Sainz
Subdirectora de Fomento Cultural y Recreativo
Marielena Hernández Avalos

REVISTA LA ORQUESTA
Coordinador General
Miguel González Compean
Director
José María Espinasa

LA CORONA DE DATURAS de Amelia Vértiz,
se terminó de imprimir el 15 de junio de 1988
en los talleres de Impresión y Diseño,
Av. Río Churubusco, lote 15, mzna. 19, col. Rodeo,
México, D.F. La edición estuvo al cuidado de
Amelia Vértiz y Eduardo Vázquez.
Se tiraron mil ejemplares.

La corona de daturas es un largo poema donde la palabra persigue la reconciliación con los cuerpos que nombra: "porque me resisto a negar la utilidad de los barcos y las velas", dice en algún momento Amelia Vértiz, quien sin renunciar al asombro vital hacia los objetos y sus manifestaciones sabe que su corona está hecha con el lenguaje renovado de flores raras: de daturas.

SEP

CREA
Consejo Nacional de Recursos para la Atencion de la Juventud

cuadernos de la Orquesta 8